

ELLIS ISLAND

Un par de horas más tarde, los metieron en barcazas, de treinta en treinta, junto a sus equipajes, y los llevaron hasta la isla de Ellis.

Jean Claude y Lucille permanecían en el muelle junto a otros pasajeros que también habían llegado en *La Touraine*. Todos los que les rodeaban eran del *steerage*: los de la tercera clase y los que viajaban en el entrepuente. Sin embargo, una situación tan extraña como incómoda tenía lugar en el mismo muelle, el control de pasajeros se estaba retrasando y no podían avanzar porque un grupo de emigrantes colapsaban el acceso. Eran ciento cincuenta hombres y mujeres vascos que habían llegado en el mismo *liner*⁶ en cabina de 2ª clase, una circunstancia insólita, ya que los pasajeros de cabina desembarcaban directamente en los muelles de New York sin tener que pasar por los controles de la isla de Ellis. Durante el control previo en *La Touraine*, los oficiales de inmigración se mostraron incapaces de entenderlos y dieron muestras de un patente nerviosismo mientras los pasajeros aguardaban en el vapor sin saber qué tenían que hacer. Les preguntaron, uno por

⁶ Transporte marítimo de línea regular; trasatlántico.

uno, por su nombre, la nacionalidad, la edad, el oficio: “Name?, nationality?, age?, occupation?”. Al cabo de una hora, en la que la desesperación se había apoderado de sus ojos, algunos oficiales comenzaron a interrogarlos en alemán, español y francés, pero no lograban entenderse con ellos. Solo hablaban en una lengua que los inspectores desconocían. Un supervisor general llegó para ver qué sucedía con aquel inesperado retraso y los oficiales le comunicaron que sospechaban que los ciento cincuenta pasajeros tenían la intención de entrar en los Estados Unidos violando la Ley de Contrato Laboral. No se les ocurrió otra idea para salir de aquel atolladero sin aras de solución en el que estaban inmersos. Esa fue la razón por la que decidieron, finalmente, que fueran enviados a la isla de Ellis para pasar un control de entrada más exhaustivo, pero el obstáculo del idioma seguía presente y no tenía aire de poder arreglarse con facilidad.

Se acercó uno de los oficiales y preguntó en inglés y luego en francés de dónde eran. Jean Claude levantó la mano: “*Nous venons de France*”⁷. Y sacó de sus bolsillos el dinero que les quedaba, unos sesenta dólares al cambio. Eso les había dicho Henri Solaun que hicieran, era el dinero mínimo para poder entrar. Henri también les preguntó si tenían alguna carta de parientes o amigos que ya viviesen en el país, lo que facilitaba el paso en el control. Sin embargo, no tenían cartas de nadie, no conocían a nadie en aquel país. Les hubiera dado igual ir a Buenos Aires, a Montevideo o a México, pero el agente Adolphe había dicho que no era posible, y decidieron que irían a New York o cualquier parte del mundo lejos del hambre. Entonces Henri les dio un papel: “Enseñadlo en el control cuando os pregunten por algún conocido, dirán

⁷ “Venimos de Francia”.

friend o *relative*, amigo o pariente, recordadlo, y, una vez os den el permiso de entrada y salgáis de la isla, estad atentos, habrá una persona que preguntará por vosotros. Siempre lo hace, cada vez que llega un barco. Se llama Aguirre, Valentín Aguirre, él os ayudará, no lo olvidéis –les dijo–, es el dueño de la pensión que aparece escrita en el papel. Quizá nos volvámos a ver, estaremos en New York un par de días antes de volver a zarpar”.

El oficial hizo un gesto para que lo siguiesen. Se introducían en un mundo hasta entonces inimaginable, jamás habían visto nada igual y jamás volverían a verlo. “Esto es el infierno –le dijo a Lucille–, hay que salir de aquí y no volver, ni siquiera muertos, da igual que tengamos pecados, no iremos al cielo pero nunca regresaremos a este pozo de locos”.

Conforme entraban en el edificio se giraron al oír el alboroto que iba creciendo en ruido y tamaño en el muelle que ellos acababan de abandonar. No sabían qué estaba sucediendo pero, antes de que el oficial que los recibió en francés les conminase a seguir avanzando, pudieron ver otra vez a los ciento cincuenta vascos haciendo gestos y moviéndose impacientes en el atracadero. Había entre ellos quienes vociferaban, otros miraban desconcertados, otros irritados, y también los que afirmaban con la cabeza, sin entender qué les decían, como si fuera un acto de reconocimiento, como si hubieran escuchado alguna vez en su vida sonidos parecidos, palabras que se asemejaban a las suyas, abrían la boca y hacían gestos pero seguían sin entenderlos: “*Starting point?, destination?, who cares for you?, money?*”⁸. No podían formalizar los trámites de entrada al país y la fila de inmigrantes esperando se alargaba cada vez más, en un trance desgarrador.

⁸ “¿Punto de partida, destino, quién se ocupa de vosotros, dinero?”.

Jean Claude y Lucille subieron las escaleras agarrados del brazo sin poder apartar la vista de aquellos hombres y mujeres sumidos en el desespero hasta que se dieron de bruces con la entrada de un edificio enorme, de cuatro torres, paredes de ladrillos y piedra caliza. Alcanzaron el primer piso, donde dejaron su equipaje junto a otros miles de baúles, bultos y maletas que allí se apiñaban, y les dieron un resguardo para poder recogerlo una vez pasados los controles. Se colocaron detrás de una larga fila de hombres y mujeres que no eran más que cueros desahuciados en el continente, alemanes y franceses, irlandeses e ingleses, judíos de todas partes y rusos, bohemios y napolitanos, se agrupaban en filas, todos juntos en el mismo horno donde se cocía la esperanza de los muertos de hambre como ellos. Oyeron a alguien decir que era la isla de la esperanza, pero también la isla de las lágrimas. ¿Cuál de las dos les tocaría a ellos?

A su lado, varios médicos examinaban a los recién llegados, les paraban y les abrían los ojos, inspeccionándolos por si tuvieran tracoma; si sospechaban o veían que había algún signo infeccioso, los rechazaban. Lucille sintió que se mareaba, un dolor retorcido en su vientre le arrugaba el ánimo y apenas podía sostenerse en pie. A la mujer que la precedía le habían quitado a su hijo, separándolo de su lado; otro hombre alto, de barba poblada y con un gorro negro que le tapaba las orejas, suplicaba con las manos. Lucille no entendía qué decía, pero la mirada del hombre se perdía en la entrada de la sala contigua, donde una mujer y dos niños hacían esfuerzos baldíos por regresar junto a él. Una muchacha en avanzado estado de gestación rompió aguas y se la llevaron dejando a su marido en la fila sin saber qué tenía que hacer, adónde dirigirse ni a quién pedirle una explicación.

Había un grupo de personas que estaban custodiadas por oficiales. De vez en cuando les gritaban para que se mantuviesen en una fila. Algunas temblaban llorosas, otras caminaban con los ojos perdidos en algún otro lugar lejos de aquella jaula, otras miraban extrañadas y otras parecían que ocultasen algún pecado entre sus abrigos. El desconsuelo y la tribulación de sus ojos llamaron profundamente la atención de Jean Claude, que permaneció sin hablar, con la vista fija en aquel dolor embutido en los harapos de los brazos y las piernas de unos guñapos, mientras abrazaba contra su pecho a Lucille y cerraba los ojos para evitar ver el desespero de todos aquellos emigrantes, como ellos –*aliens* les llamaban los americanos, eso decía en la lista de embarque, *aliens*–, que mostraban sus dientes negros de caries y pus.

A las dos personas que iban delante les pintaron una “P” con tiza sobre el abrigo y los apartaron de la fila. Ellos miraron la letra con estupor y trataron de adivinar qué significaba, pero en aquel crisol de palabras imperfectas nadie respondió. Estaban perdidos, alojados sus cuerpos en un remolino desolador, los brazos, las piernas, el cuello, la cabeza, el torso se separaban de su mente y se convertían en un aire liviano que se escurría entre las rendijas que dejaban los clavos más apuntalados de aquel edificio abarrotado con miles de almas abandonadas.

“P”, les contaron más tarde, significaba “*Physical and Lungs*”, haciendo referencia a problemas de pulmón por los cuales se les denegaba la entrada a los Estados Unidos y los deportaban a sus países de origen, ¡dios mío!, otra vez el océano, la ira y el dolor. Algunos se suicidaban y otros dejaban que su alma se volviera loca.

El temor a lo desconocido les hacía caminar con los pies muy juntos, dando saltitos escuetos cuyo movimiento se

trasladaba a sus cabezas cuando se paraban en la fila, donde un hombre con uniforme los miraba de arriba abajo y preguntaba cosas que la mayoría de ellos todavía no podían entender, salvo los que hablaban inglés, pero intuían que eran difíciles de contestar, porque los “cómo” y “por qué”, “cuándo” y “dónde” son asuntos que generan dudas cuando se quiere algo con delirio y suelen llegar a crear problemas si las respuestas no son las adecuadas. Las lenguas se atoraban entre la curiosidad y el miedo al destino que agonizaba en los ojos estupefactos, asustados y suplicantes. Los ojos era lo único que Jean Claude podía ver. No podía retirar su mirada de aquellos ojos que recorrían los pasillos y las estancias arrastrando sus pies. Estaba desconcertado y los ojos de todos los que le rodeaban le llamaban la atención de una manera tan reveladora que podía sentir lo que ellos sentían y conocer sus miedos, el mismo miedo que le quemaba a él.

Estuvieron retenidos durante un tiempo lento e interminable que no supieron calcular, horas, tres o cuatro, pensaron, examinándolos y haciéndoles preguntas. Lucille se sintió indispueta. Los separaron, llevándose a Lucille. Jean Claude permaneció atrapado en una inmovilidad excitada. La condujeron hasta una habitación donde había otras decenas de mujeres que guardaban silencio y se miraban unas a otras buscando una respuesta que las sacase de la incertidumbre y de la histeria.

Trató de hacerles ver que estaba embarazada, “estoy embarazada”, dijo Lucille entre lágrimas, y de ahí su dolencia. No entendieron qué les quería decir y le pidieron que se desnudase para examinarla. Todos los médicos eran hombres y Lucille se sintió avergonzada, desnuda delante de hombres desconocidos que le miraban el cuerpo. Nunca había ido al médico, nunca le había visto desnuda nadie salvo Jean Claude

y, en una ocasión, el amo de Bayonne para el que trabajó durante un tiempo, una noche en la que le dijo que estaba demasiado flaca, y ella creyó que se moriría, pero aguantó, con la piel desvestida, la vergüenza y el asco deslizándose por la comisura de sus ojos y de sus labios. Uno de los hombres de bata blanca le puso la mano en el vientre y Lucille asintió. Le pintaron con tiza “Pg” en la solapa del abrigo, “*Pregnant*”, embarazada, y la devolvieron al salón principal donde la esperaba Jean Claude en una esquina. La abrazó y la besó mientras Lucille temblaba aliviada.

Llamaban a aquella estancia *The Great Hall*, el Gran Vestíbulo, un salón rectangular, de 61 metros de largo, 30 de ancho y 17 de altura, de baldosas rojas y paredes con azulejos, de cuyos laterales colgaban dos enormes banderas estadounidenses y unas grandes lámparas amarillentas. Estaba invadido por un laberinto de barandillas de hierro, que a Jean Claude le parecieron jaulas para animales y decenas de bancos para sentarse mientras los recién llegados eran llamados para pasar el control de registro.

No sabían qué tenían que hacer, no se entendían con nadie, oyeron cómo un hombre que hablaba el idioma vasco del otro lado del Bidasoa, sentado unas filas más atrás, hacía mención a los otros ciento cincuenta vascos que habían llegado con ellos en el transatlántico, habían desaparecido, como por arte de magia, en un aquelarre tan trágico como obsceno que parecía haberse comido sus almas temerosas. Jean Claude miró en todas las direcciones pero no había rastro de ellos. Vieron un hueco en un banco y se sentaron a esperar a que los llamasen para pasar el control de registro. Lucille volvía a tener el semblante macilento y los ojos morados. Un tiempo incalculable después, perdidos en los rostros de los que les rodeaban, en una torre de Babel enloquecida por la soledad

de cada paquete humano que esperaba dejar sus lágrimas y tener una esperanza insegura y desconocida, les tocó el turno, se pusieron de pie y se acercaron a un mostrador donde había un inspector y un intérprete a su lado.

“Nive, Nive –repitió–, Jean Claude Nive y Lucille Nive. Llegamos en *La Touraine*”. El inspector miró los números escritos en la tarjeta de identificación que colgaba de su chaqueta, número 18, Nive, Jean Claude. En el registro del barco, *List or Manifest of Alien Passengers for the United States*, que todos estaban obligados a rellenar antes de zarpar rumbo a New York, estaban escritos el número del billete, sus nombres, edad, sexo, estado civil, el oficio u ocupación, las condiciones de salud, el país, la ciudad o pueblo de procedencia, el dinero que tenían, los familiares, si tenían alguno en América. Cada línea tenía un número y el nombre que figuraba en esa línea debía coincidir con la persona a la que se llamaba para pasar el registro. Línea 18, Jean Claude Nive y Lucille Nive.

Steamship Line: Compagnie Générale Transatlantique

Vessel: S.S. La Touraine

Route: from Le Havre. Arrived in New York 19 March 1911

Passenger List: Manifest Sheet No. 5, List No. 18

Name of Passenger: Jean Claude Nive-Lucille Nive

*Address of destination:...*⁹

“Address of destination?”, preguntó el inspector al ver que no constaba en el manifiesto, “adresse de destination?”, repitió el traductor en francés. Jean Claude se acordó del papel que

⁹ Línea de barcos a vapor: Compagnie Générale Transatlantique. Barco: *SS La Touraine*. Ruta: desde Le Havre, con llegada a Nueva York el 19 de marzo de 1911. Lista de pasajeros: hoja del manifiesto número 5, lista número 18. Nombre del pasajero: Jean Claude Nive-Lucille Nive. Dirección en destino: ...

le había dado Henri Solaun antes de descender del vapor. Lo buscó en el bolsillo y se lo dio al intérprete: La Casa Vizcaína, Cherry Street.

Les hicieron 29 preguntas, como a todos los que llegaban, solían ser unas 29 preguntas. “Para no levantar sospechas –les recalcó Henri Solaun varias veces durante sus charlas en el vapor– y ser admitidos, vuestras respuestas tienen que coincidir con las que están escritas en la lista de embarque; os harán las mismas preguntas que os hicieron cuando embarcasteis en Le Havre, para saber si decís la verdad”.

“¿Cuánto dinero tenéis?”. Jean Claude sacó unos billetes y el inspector calculó que tenían unos 60 dólares en francos, “suficientes para empezar una nueva vida”, dijo; después, le siguieron una retahíla de preguntas, ¿nombre?, ¿edad?, ¿nacionalidad?, ¿casado?, ¿soltero?, ¿empleo?, ¿quién pagó por tu viaje?, ¿sabes leer y escribir?, algunas de ellas sobre aspectos que Jean Claude y Lucille no comprendían, pero respondían con un “oui” o un “non”, a la vez que levantaban o bajaban la cabeza, o la movían de un lado a otro. “¿Eres polígamo?, ¿eres anarquista?, ¿has estado en prisión? –dijo serio el intérprete que permanecía de pie, al lado del agente–, ¿tienes un trabajo en América?”. Jean Claude se acordó de que Henri había comentado que siempre hacían esa pregunta y, si respondías afirmativamente, te devolvían al barco, ya que pensaban que venías a quitar el trabajo a un americano. Por tanto, la respuesta siempre tenía que ser negativa. Dijo que no, que no tenía trabajo. No le hizo falta mentir, no tenía trabajo. El inspector firmó en el registro y les dio una certificación para que pasasen.

Detrás de los mostradores de los inspectores había una habitación donde los que no pasaban el interrogatorio quedaban detenidos a la espera de que un tribunal decidiese

sobre ellos; también había otro cuarto donde los médicos examinaban a algunos inmigrantes con más detenimiento en caso de sospechar que tuvieran problemas mentales, o mujeres que estaban a punto de dar a luz; también esperaban en otra estancia los que tenían que esperar en la isla hasta la llegada de algún pariente que los recogiese. Y había unas escaleras que daban acceso a un corredor donde se encontraban las oficinas de los ferris y de las compañías de trenes. Y, en una esquina, el *kissing point*, el rincón de los besos, donde los familiares que ya vivían en América esperaban a sus hermanos, a sus mujeres, a sus hijos, para abrazarlos y llevarlos a sus nuevos hogares. Junto a ellos pasaron cientos, miles, pero algunos nunca llegaron a cruzar la puerta de oro de la isla de la esperanza, hombres y mujeres que desaparecieron de su vista con los rostros quebrados por la angustia y la amargura: prostitutas, si bien la mayoría no lo eran (las prostitutas de lujo viajaban en cabina de 1ª y 2ª clase y desembarcaban en el muelle de New York sin pasar por la isla de Ellis), eran solo mujeres solteras que no tenían cartas de familiares ni nadie las esperaba al otro lado del río, y dementes, ladrones, epilépticos, depravados sexuales, anarquistas, polígamos y criminales de todo tipo, también los que morirían en aquella isla de las lágrimas debido a alguna enfermedad o algún parto fallido, y los que se suicidarían cuando los fuesen a deportar.

Se pusieron en una fila para cambiar su dinero en dólares y después en otra bajo un cartel escrito en varios idiomas donde esperaron para sacar dos billetes para el ferri que los llevaría a Manhattan.